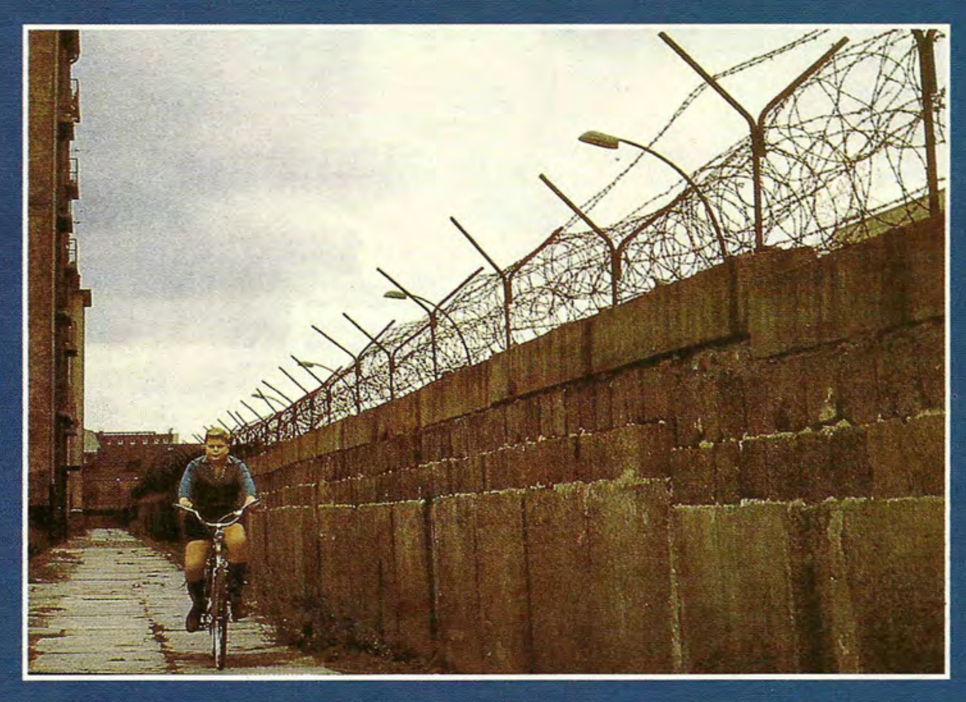
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

15



Las dos Alemanias

Julio Gil Pecharromán

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-27.451-1993

CUADERNOS DEL

MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

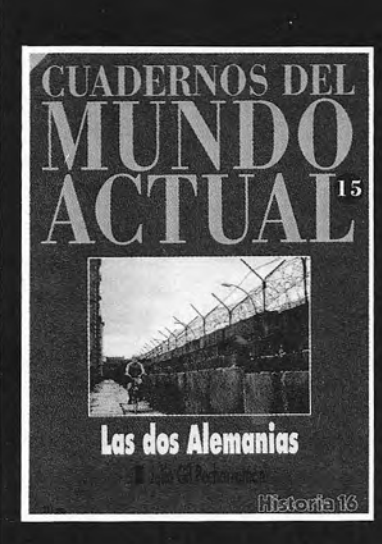
Universidad Complutense

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

Las dos Alemanias

Julio Gil Pecharromán



El muro de Berlín representó la separación de las dos Alemanias


MAR DEL NORTE
MAR
BALTICO
SCHLESWIG-
HOLSTEIN
Flensburgo
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremerhaven
Wilhelmshaven
Bremen
Oldenburgo
Groninga
Amsterdam
HOLANDA
Utrecht
Nimega
Eindhoven
R. Ems
Lingen
BAJA
SAJONIA
Osnabruck
Hannover
R. Weser
Munster
RENANIA DEL NORTE-
WESTFALIA
Duisburgo
Dormunt
Essen
Dusseldorf
Colonia
Aquisgrán
Bonn
Lieja
Göttingen
Kassel
Marburgo
HESSEN
Coblenza
BELGICA
RENANIA-
PALATINADO
R. Mosela
Wiesbaden
Maguncia
LUX.
Luxemburgo
Treveris
SARRE
Saarbrucken
A la RFA, 1957
Wurzburgo
R. Main
Nuremberg
Heidelberg
BADEN-
WÜRTTEMBERG
Karlsruhe
Stuttgart
BAVIERA
Ratisbona
R. Danubio
Nancy
Estrasburgo
FRANCIA
R. Rin
Friburgo
Mulhouse
Augsburgo
Munich
E. Inn
Besançon
Basilea
Zurich
SUIZA
Berna
Innsbruck
AUSTRIA
Salzburgo
Linz
Stralsund
Rostock
Schwerin
Neubrandenburgo
MECKLENBURGO
Szczecin
R. Oder
POLONIA
Rathenow
BERLIN
Postdam
Frankfurt
Magdeburgo
BRANDENBURGO
Dessau
Cottbus
R. Elba
ANHALT
Halle
Leipzig
R. Neise
Gorlitz
SAJONIA
Dresde
Gotha
Erfurt
TURINGIA
Gera
Karl-Marx-Stadt
Zwickau
Karlovy-Vary
Praga
Plzen
CHECOSLOVAQUIA
LAS DOS ALEMANIAS, 1949
República Federal Alemana (RFA)
República Democrática Alemana (RDA)
TURINGIA Länder
G. LLORENTE

Las dos Alemanias

Julio Gil Pecharromán
Profesor Titular de Historia Contemporánea. UNED

El 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, Stalin se reunió en la localidad germana de Potsdam con los dirigentes de Estados Unidos —el presidente Harry Truman— y de Gran Bretaña —el primer ministro Clement Attle— en una Conferencia cumbre sobre el futuro de Europa. Descartados los planes de desmembración de Alemania, como el del secretario del Tesoro norteamericano, Henry Morgenthau —que pretendía convertirla en *un país agrícola con carácter pastoril,* dividido en pequeñas unidades autónomas, a fin de evitar su renacimiento como gran potencia industrial y militar— los Tres se mostraron de acuerdo en impulsar su reconstrucción a partir de un programa basado en las *cuatro D: desmilitarización,* es decir, el desarme total; *desnazificación,* mediante una intensa purga de personas y organizaciones relacionadas con el régimen caído; *descartelización* de la economía y el control de la producción industrial por los ocupantes, a fin de evitar la reaparición de grupos monopolistas y su eventual remilitarización; y *democratización* de la vida pública mediante una reforma del sistema educativo y judicial, la libre actuación de partidos y sindicatos, el restablecimiento de las libertades formales y la convocatoria gradual de elecciones en los diversos niveles de representación popular. En tanto se desarrollaba el proceso institucional que posibilitara la recuperación de la soberanía nacional, se establecerían administraciones locales y luego organismos centrales con personal alemán, pero bajo la supervisión de los Aliados.

Uno de los problemas más controvertidos en Potsdam fue el de las fronteras orientales de la nueva Alemania. En la Conferencia de Teherán, Stalin había logrado la cesión a la URSS del norte de la Prusia oriental, así como el acuerdo de compensar a Polonia con tierras alemanas por la pérdida de sus propias regiones orientales, incorporadas al Estado soviético. En Potsdam, Stalin exigió para Polonia la totalidad de las tierras situadas al este de la línea formada por los ríos Oder y Neisse y toda la desembocadura del primero, es decir, más de la quinta parte del territorio alemán con ciudades tan inequívocamente germanas como Stettin y Breslau. Truman y Churchill protestaron, pero finalmente admitieron una fórmula sumamente ambigua, que consistía en transferir a la *administración polaca,* sin cesión de soberanía pero fuera de las competencias de la Comisión de Control y de la zona de ocupación soviética, los *territorios ex alemanes* situados al este de la línea Oder-Neisse. Ello

implicaba, de hecho, el reconocimiento de la plena posesión polaca de la zona, circunstancia que se vio fortalecida cuando la Comisión de Control dio luz verde, a finales de noviembre de 1945, a las autoridades de Varsovia para que expulsaran hacia el oeste a tres millones y medio de ciudadanos alemanes, habitantes de las tierras ahora administradas por Polonia.

La ocupación aliada

En los meses siguientes a su derrota, Alemania conoció una situación de caos casi absoluto, *la época de las ruinas —Trümmerzeit—*, en la que sólo la ocupación aliada parecía ofrecer cierta expectativa de supervivencia a una población que había visto derrumbarse hasta los cimientos el prometido *Reich de los mil años*. Los bombardeos angloamericanos, implacables en la destrucción de ciudades, habían tenido buen cuidado en salvaguardar en lo posible el poderoso tejido industrial germano, que al acabar la guerra aún conservaba el 90 por 100 de su potencial siderúrgico y más del 80 del químico y el mecánico. Pero las fábricas estaban paralizadas por falta de energía y de materias primas —la producción había descendido en un 78 por 100 con respecto a la de 1938—, el mercado interior era sumamente débil y el déficit comercial crecía de forma vertiginosa. Pese a la imposición por los ocupantes de un férreo control económico, que incluía la congelación de precios y salarios, el mercado negro —con tarifas hasta cincuenta veces superiores a las oficiales— y el simple trueque de productos se convirtieron en formas de supervivencia para una población que se veía huérfana de cualquier tipo de organización estatal.

Millones de civiles, que huían ante el avance del Ejército Rojo, habían convergido en el último año de la guerra sobre las regiones occidentales. A ellos se unieron, a partir de junio de 1945, casi tres millones de sudetes, expulsados por las autoridades checoslovacas y otros tantos ciudadanos alemanes transferidos desde Polonia, Hungría y Yugoslavia. Con la vida económica paralizada, el sistema de transportes desorganizado y el 86 por 100 de las viviendas urbanas destruido, estos desplazados, cuya cifra total se estima próxima a los quince millones, se veían obligados a subsistir en durísimas condiciones en las ciudades en ruinas, compartiendo sótanos y chabolas con aquellos nativos que habían perdido sus hogares. Centenares de miles de personas, en su mayoría mujeres o jóvenes sin familia, erraban por campos y carreteras en busca de alojamiento y de un puesto de trabajo. Con la dieta alimenticia reducida al mínimo —oficialmente, 1.500 calorías, pero en la prácti-

Konrad Adenauer



(Colonia, 1876-Rohendorf, 1967). Miembro de la alta burguesía católica de Renania, ejerció como abogado y fue designado alcalde de Colonia en 1917. Convertido en interlocutor privilegiado de los Aliados tras la caída del Imperio, presidió el Consejo de Estado de Prusia (1920-22) y militó en el Centro Católico, a la vez que se dedicaba a una intensa actividad empresarial. Durante la dictadura nazi fue detenido (1933-34) y hubo de mantenerse apartado de la política. Al terminar la guerra mundial, volvió a ocupar la alcaldía de Colonia, puesto del que fue destituido por los británicos. Fundador de la Unión Cristiano Demócrata renana (1945) en los años siguientes se afirmó como líder del partido en toda Alemania occidental. Elegido presidente del Consejo Parlamentario, dirigió los trabajos de elaboración de la Ley Fundamental y, al producirse la independencia de la RFA, asumió el puesto de canciller, primero en coalición con otros grupos y, desde 1953, con un Gobierno cristianodemócrata. Profundamente anticomunista, favoreció el desarrollo de la economía de mercado, logró el ingreso de su país en la OTAN y en las instituciones europeas e introdujo la política de rearme. Vencedor en sucesivas elecciones, su intransigencia en política exterior y su estilo casi autoritario de gobierno terminaron acarreándole una fuerte oposición, dentro y fuera de su partido, que le llevó a dimitir en 1963.

ca menos de mil— el hambre y su cortejo de enfermedades hacían presa en una población castigada por largos años de guerra.

La superación de esta dramática situación requería la urgente puesta en marcha de planes de reconstrucción económica y social. Sin embargo, los Aliados no parecían interesados en facilitarlos a corto plazo. Embargaron la flota mercante y los capitales germanos en el extranjero, disolvieron los grandes *trusts,* como Krupp e I. G.-Farben, y comenzaron a cobrarse las reparaciones de guerra, sobre todo los soviéticos, deseosos de paliar las inmensas destrucciones provocadas en su país por la invasión nazi. En marzo de 1946, las autoridades de ocupación hicieron público un *plan industrial* que contenía draconianas medidas de control económico. La producción de acero quedaba limitada a 3.800.000 toneladas —un tercio de la cifra de preguerra— y se establecía la desaparición de dos mil fábricas y talleres, cuya maquinaria serviría como pago de las reparaciones. En los primeros meses de la paz se abrieron duros procesos de desnazificación, que afectaron a casi seis millones de alemanes y dejaron en cuadro la Administración civil.

Tras su capitulación, se crearon cuatro zonas de ocupación militar —al margen de Berlín, que poseía estatuto de ocupación cuatripartita— si bien la Comisión Aliada de Control tenía capacidad para entender *sobre todas las cuestiones que afecten a Alemania en su conjunto.* La Alemania del noroeste —Schleswig-Holstein, Hannover, Westfalia y Renania del Norte— con 97.000 kilómetros cuadrados y más de 22 millones de habitantes, estaba ocupada por los británicos. La zona norteamericana comprendía el enclave septentrional de Bremen, Hesse, Baviera y el norte de Baden y de Württenberg, poblados por 17 millones de alemanes, con 107.500 kilómetros cuadrados de superficie. Los franceses ocupaban dos regiones fronterizas con su país, Renania-Palatinado y el suroeste de Baden-Württenberg, con 42.000 kilómetros cuadrados y 5,9 millones de habitantes. En el este, la zona de ocupación soviética se extendía hasta la línea fluvial Oder-Neisse, con un total de 107.431 kilómetros cuadrados y cerca de 18 millones de habitantes. Más allá, las regiones orientales —casi un 30 por 100 del territorio nacional— habían perdido su condición de suelo alemán, repartidas entre polacos y soviéticos. Igualmente, el territorio del Sarre fue desgajado de la Alemania ocupada y puesto directamente bajo administración francesa.

Los acuerdos de Potsdam, que preveían la reconstrucción a medio plazo del Estado alemán bajo un régimen democrático, requerían de un alto grado de colaboración entre los Aliados. Pero, a partir del otoño de 1945, se hizo patente que las visiones que sobre el porvenir de Alemania tenían los soviéticos, los franceses y los anglo-americanos, variaban sustancialmente. En realidad, el futuro de la llamada *cuestión alemana* estaba estrechamente vinculado a la evolución del panorama internacional, y en concreto al realineamiento de los Estados europeos en el seno de los bloques mundiales liderados por Estados Unidos y por la Unión Soviética. En este contexto de progresiva bipolarización, la resolución de la cuestión alemana ofrecía dos posibles salidas. O se reconstruía sobre las cuatro zonas de ocupación un Estado nacional no alineado —solución neutralista que se adoptó con la vecina Austria— o se creaban dos Estados separados, a partir de las respectivas zonas de ocupación de la URSS y de las potencias occidentales. La primera solución era la acordada en Potsdam, y requería la *descentralización política* y el *desarrollo de las responsabilidades de la administración local* en las cuatro zonas, así como su integración económica como bases para la reconstrucción posterior del Estado alemán. Pero la mecánica de la guerra fría, que imposibilitó una cooperación sincera entre la URSS y sus antiguos aliados, y los obstáculos opuestos por Francia al proceso de reunificación de la soberanía de una Alemania que la había invadido tres veces en setenta años, acabarían imponiendo la segunda opción, la de la partición, tan sólo cuatro años después de la derrota del nazismo.

La superación de esta dramática situación requería la urgente puesta en marcha de planes de reconstrucción económica y social

En los primeros meses de la ocupación, tan sólo la Administración local mantuvo su funcionamiento, aunque sometida al proce-

so de desnazificación y bajo supervisión de los ocupantes. Estos fueron dando vía libre, entre junio y diciembre de 1945, a la actividad legal de una serie de partidos, que habían permanecido en la oposición clandestina durante la dictadura nazi o que surgían con propuestas de democratización de la vida pública. El sistema de partidos de la posguerra se apoyaba en cuatro grandes formaciones —socialdemócratas, cristianodemócratas, comunistas y liberales— cuyo desarrollo se vería condicionado en gran medida por la actitud de la potencia ocupante en cada zona.

Relanzamiento de la vida política

Prestigiado por su tradición democrática y por el historial de oposición al nazismo de muchos de sus dirigentes, como Eric Ollenhauer, Herbert Wehner o Kurt Schumacher, el viejo Partido Socialdemócrata (SPD) resurgió bajo la dirección de este último en el Congreso de Hannover (9-11 de mayo de 1946). Apoyado en el reconstruido movimiento sindical, el SPD se mostró desde el principio como un partido de masas, con fuerte implantación electoral en todo el país. Pero antes incluso de su reaparición oficial, el partido sufrió la escisión de su organización en la zona rusa, dirigida por Otto Grotewohl, que se unió a los comunistas locales en un Partido Socialista Unificado (SED), por lo que la organización del SPD sólo pudo sobrevivir en la Alemania occidental, donde era más débil. Ello acentuó el anticomunismo de los socialdemócratas que, sin embargo, se mantuvieron firmes en sus concepciones marxistas. Europeístas convencidos, pero defensores de la integridad de las fronteras alemanas de 1937, partidarios de un modelo de socialismo democrático que implicaba una reforma agraria y una audaz política de nacionalizaciones y transformaciones sociales, los socialdemócratas constituyeron una opción molesta para los ocupantes, quienes —sobre todo los norteamericanos— hicieron lo posible por reducir su presencia en los distintos niveles de autogobierno que se iban implantando en la Alemania occidental.

En los primeros meses tan sólo la Administración local mantuvo su funcionamiento, aunque sometida al proceso de desnazificación y bajo supervisión de los ocupantes

La democracia cristiana disfrutó en cambio de todas las bendiciones de Washington para dirigir la construcción del Estado germano-occidental. En el caos de la derrota habían surgido numerosos partidos locales de carácter cristiano, especialmente importantes en las ciudades renanas de Colonia y Düsseldorf, y en Berlín. Estos grupos elaboraron propuestas para la creación de un gran partido de centro-derecha que recogiera la tradición del *Zentrum* —Centro— católico, pero sin su sectarismo religioso, con un carácter interconfesional. El grupo de Colonia, marcadamente conservador, acabó imponiendo sus directrices en el congreso constituyente de la Unión Cristiano Demócrata (CDU), reunido en Bad Godesberg en diciembre de 1945, frente a la línea más liberal del grupo de Düsseldorf, encabezado por Karl Arnold, o las tendencias de carácter sindicalista y socializante que representaba el líder berlinés, Joseph Kaiser. No obstante, hasta su congreso federal de 1950, la CDU seguiría siendo una confederación bastante indisciplinada de grupos locales. Convertida en el segundo partido de la Alemania occidental, y con una discreta presencia en el este, la CDU se embarcó decididamente en el proceso de creación del Estado germano-occidental, política que encabezó el ex alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, frente a la línea pangermanista que encarnaba el berlinés Kaiser. Estrechamente aliada a la CDU, pero radicada exclusivamente en Baviera —donde era mayoritaria— y dotada de un carácter moderadamente particularista, figuraba la Unión Cristiano Social (CSU), cuyo primer dirigente fue Joseph Müller.

El Partido Comunista (KPD), dirigido por Wilhelm Pieck, retornó a la vida pública con un programa de democratización que excluía términos como *revolución* o *comunismo*. Su política de alianza con las fuerzas democráticas, y en especial con los socialistas, sólo halló eco en la zona soviética, donde



absorbió en abril de 1946 a la mayoría de las organizaciones socialdemócratas en el seno de un Partido Socialista Unificado (SED), que fue denunciado por los socialistas occidentales como *el partido de los rusos,* y que se convirtió en el motor de la recuperación de la soberanía en la Alemania oriental. En la occidental, donde el SPD se negó a la fusión, los comunistas encontraron serias dificultades por parte de las potencias ocupantes para desarrollar su acción legal, entre la indiferencia, y luego la hostilidad creciente, de la opinión pública. Con algún apoyo en las zonas mineras, el KPD tuvo una pequeña representación en los órganos de autogobierno durante la ocupación, así como en el primer Parlamento federal de 1949, para desaparecer de la vida política en los años cincuenta.

La cuarta opción era la representada por los liberales, reagrupados tras la guerra en torno al Partido Liberal Demócrata (LDPD), creado en Berlín y extendido por la zona soviética, al Partido Democrático Libre (FDP), actuante en la zona británica y al Partido Popular Democrático (DVP), surgido en la zona americana bajo la dirección de Theodor Heuss. Hasta diciembre de 1948 no se unificarían los dos grupos de la Alemania occidental, con las siglas del Partido Democrático Libre. Grupo minoritario, el FDP asumió la defensa de la economía de mercado y del laicismo estatal, actitudes que le diferenciaban claramente de las dos grandes

formaciones de la Alemania occidental, aunque ello no le impidió convertirse en un aliado habitual de la CDU hasta 1966 y gobernar en coalición con el SPD entre 1969 y 1982. En el este, los liberales del LDPD sobrevivieron, junto con los democristianos, como meros comparsas en el sistema de *democracia popular* controlado por los comunistas.

El proceso institucional

Los planes aliados de reconstrucción de la soberanía alemana preveían la renovación coordinada y gradual de los organismos representativos a partir de la normalización de la Administración local y de la reaparición de las regiones autónomas *(Länder* o Estados), que la centralización del periodo nazi había anulado. Los más interesados en impulsar el proceso fueron los norteamericanos, quienes, sin renunciar a controlarlo todo, se embarcaron enseguida en la creación de una Administración civil en su zona. Ya a finales de mayo de 1945 se estableció el *Land* de Baviera, en septiembre los de Baden-Württenberg y Hesse y, más tarde, el de Bremen. En la zona soviética, renacieron en julio de 1945 los Länder de Mecklemburgo y Sajonia, pero no el de Prusia, sustituido por las circunscripciones de Brandenburgo, Anhalt y Turingia. También en la zona británica fue oficialmente disuelto el Estado prusiano y las autoridades militares procedieron durante la segunda mitad de 1946 a la creación de los *Länder* de Schleswig-Holstein, Hamburgo, Baja Sajonia y Renania del Norte-Westfalia. Y en la zona francesa, surgieron los Länder de Renania-Palatinado, Baden y Württenberg-Hohenzollern. En paralelo a este proceso de regionalización, se procedió a la democratización de la vida local mediante la celebración de elecciones a los Consejos municipales. En la zona americana se realizaron los comicios en enero de 1946; británicos y franceses hicieron lo mismo en septiembre y un mes después se celebró la consulta en la zona soviética.

El tercer paso en la recuperación del sistema representativo era la realización de elecciones para los parlamentos de los distintos *Länder*, que designarían después a los gobiernos regionales, encabezados por un ministro-presidente. También aquí los norteamericanos fueron los primeros en promover la iniciativa, a mediados de 1946, seguidos por los soviéticos, en noviembre y por británicos y franceses, a lo largo de 1947. La disparidad de los resultados demostró que resultaría difícil mantener en el futuro una evolución institucional paralela y coordinada para las cuatro zonas. En los *Länder* occidentales, los vencedores de los comicios fueron los socialdemócratas, con el 36,8 por 100 de los votos, seguidos muy de cerca por los cristianodemócratas, con el 35,5. La

Wilhelm Pieck



(Guben, Brandenburgo, 1876-Berlín, 1960). Obrero ebanista, ingresó en el Partido Socialdemócrata en 1895. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se alineó en el sector pacifista del partido, y huyó a Holanda para evitar la movilización. Adherido a la Liga Espartaquista, tomó parte destacada en el proceso de fundación del Partido Comunista de Alemania (KPD), en diciembre de 1918, de cuyo Comité Central fue miembro desde el primer momento. Comprometido en el fracasado movimiento revolucionario de 1919, logró escapar a la detención, y se estableció en Italia. Vuelto a Alemania, fue diputado en el Parlamento prusiano (1921-28) y en el Reichstag (1928-33). Al llegar los nazis al poder, tuvo que salir del país, estableciéndose en París, y a partir de 1939 en Moscú. Durante el exilio se convirtió en uno de los más relevantes funcionarios de la Komintern, en cuyo Comité Central había ingresado en 1928. Designado secretario general del KPD en 1935, durante la Segunda Guerra Mundial presidió en Moscú un Comité de la Alemania Libre. A su regreso a Berlín, en 1945, dirigió las gestiones para la unificación del KPD con el Partido Socialdemócrata de la zona soviética en el Partido Socialista Unificado, del que fue elegido presidente. Tras la constitución de la República Democrática Alemana, pasó a ocupar la Jefatura del Estado, cargo que desempeñó hasta su muerte.

CDU obtuvo la mayoría absoluta en Baden y Württenberg y la CSU en la vecina Baviera, mientras que el SPD lograba el mismo resultado en Schleswig-Holstein y Hamburgo y resultaba el partido más votado en Baja Sajonia, Hesse y Bremen. Muy lejos quedaban los liberales —fuertes únicamente en Württenberg—, los comunistas, el Centro católico, el Partido Alemán (DP), con base en la Baja Sajonia, y el Partido Bávaro, regionalista y muy conservador.

En la zona soviética, donde el sistema de partidos había experimentado un giro radical al unificarse comunistas y socialdemócratas, el SED logró un 49,2 por 100 de los votos, al que se añadieron pequeños porcentajes de dos organizaciones filocomunistas, la Asociación de Ayuda Mutua del Campesinado y la Liga Alemana de la Cultura. Pese a que, de haber concurrido en coalición podían haber obtenido la victoria, la CDU, con un 26,2 por 100 de los votos, y los liberales del LDPD, con el 24, hubieron de conformarse con ejercer una oposición cada vez más testimonial en los parlamentos de los cinco Länder orientales, tras unos comicios cuyo carácter antidemocrático fue reiteradamente denunciado por los dos partidos.

Una economía dividida

Conforme se consolidaba en las distintas zonas el proceso de normalización política, resultaba más evidente que la reconstrucción de Alemania como Estado unitario era inviable. En el terreno económico, donde los vencedores habían impuesto un estricto control sobre la siderurgia, las industrias química y mecánica y *otros bienes directamente necesarios para una economía de guerra*, la discusión sobre las reparaciones de guerra evidenció las primeras divisiones graves entre los Aliados. Las cuatro zonas de ocupación tenían un valor económico muy desigual. La oriental era la más pobre y desindustrializada, y Moscú, esgrimiendo el principio de integración económica, exigía cobrar parte de sus reparaciones participando en la explotación de las regiones occidentales y, en especial, de la rica cuenca del Ruhr. Al final, se logró un acuerdo, mediante el cual éstas entregarían a la URSS un 25 por 100 de los bienes industriales no indispensables para su reconstrucción económica, un 10 por 100 sin contrapartidas y el resto a cambio de productos alimenticios y de materias primas procedentes de la zona soviética. Como medio de presión, en mayo de 1946, Washington y Londres detuvieron el pago de las reparaciones a la URSS por parte de las regiones del oeste, lo que obligó a los soviéticos a esquilmar aún más su propia zona, sin que ello mejorara su disposición a cooperar en el proceso de reunificación económica que favorecían los anglo-americanos. Por su parte, Francia —que no había estado representada en Potsdam— mantuvo durante los primeros años de la posguerra una postura intransigente, oponiéndose a la reunificación económica y administrativa, y exigiendo la entrega del Sarre y la internacionalización del área industrial del Ruhr.

Washington y Londres propusieron detener los trabajos de desmantelamiento y coordinar la recuperación

Pero estas dificultades no detuvieron a los anglosajones, que no sólo se veían obligados a enormes gastos para mantener un mínimo abastecimiento en sus zonas, sino que temían que la miseria de la población favoreciera la extensión del comunismo. Durante el verano de 1946, Washington y Londres propusieron detener los trabajos de desmantelamiento industrial y coordinar la recuperación de las cuatro zonas, pero ni Moscú ni París aceptaron el plan de integración económica. A comienzos de septiembre, el secretario de Estado de EE.UU., James Byrnes, anunció en Stuttgart la intención de su país de volcarse en la reconstrucción de la economía alemana, siempre y cuando esta se orientase hacia el sistema de libre mercado. Bajo esta premisa, el 1 de enero de 1947, estadounidenses y británicos fusionaron sus respectivas administraciones económicas en una *Bizona*, con cinco Consejos centrales, integrados por alemanes y competentes en asuntos financieros, comunicaciones y abastecimientos, aunque bajo el control de las autoridades de ocupación.

La conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los Cuatro, celebrada en Mos-

cú en la primavera de 1947 bajo el impacto de la formulación de la antisoviética *doctrina Truman,* supuso el auténtico canto del cisne de la colaboración entre los antiguos aliados. En la capital soviética se alcanzó un principio de acuerdo sobre la creación de una Administración civil común a las cuatro zonas y de un Consejo Consultivo alemán que, bajo la vigilancia de la Comisión Aliada de Control, elaborase una Constitución y diese vida a un Gobierno provisional de toda Alemania. Existían, no obstante, sensibles diferencias entre la postura soviética, favorable a un Estado fuertemente centralizado, y la de los occidentales, más cercana a los planteamientos federalistas, especialmente por parte de Francia, que proponía una amplísima autonomía de los *Länder* frente a un poder federal débil. Por otra parte, los soviéticos no querían que la reunificación se produjera en tales condiciones que los comunistas alemanes, ya hegemónicos en su zona, quedaran en minoría en la etapa constituyente y aprovecharon la negativa anglonorteamericana a reanudar el pago a la URSS de las reparaciones debidas por los *Länder* occidentales, para denunciar los acuerdos de la Conferencia. A partir de ese momento, la reunificación de Alemania pudo considerarse aplazada *sine die.*

El 18 de junio de 1948, el Consejo Económico de Francfort aprobó una ley sobre los principios de la economía germano-occidental

Mientras, la integración de las zonas británica y norteamericana seguía avanzando. A finales de mayo, los respectivos comandantes militares, Clay y Robertson, alcanzaron un acuerdo para unificar los diversos consejos administrativos de la Bizona en un Consejo Económico de 52 miembros, con sede en Francfort, elegido por los parlamentos regionales, que deberían acatar sus decisiones legales. Dependientes del Consejo se establecieron también un Comité ejecutivo, encargado de las relaciones con los gobiernos regionales, y un Directorio de cinco miembros, al frente de la Administración central. Surgía así en la Bizona un esbozo de organización estatal, aunque limitada al terreno económico. No obstante, los servicios de control aliados seguían reservándose amplias competencias, que implicaban una continua injerencia en el desarrollo institucional. Así, la presión de Washington había impedido que el SPD, de cuyos planteamientos socializantes desconfiaba, viese reflejada en el Consejo Económico la mayoría de que disfrutaba en los parlamentos regionales. En paridad de escaños con los socialdemócratas, la coalición CDU-CSU se aseguró, mediante la alianza con los liberales y el DP, una estrecha mayoría, suficiente sin embargo para imponer su visión más pragmática de la recuperación de la soberanía, que pasaba por una inequívoca identificación del nonato Estado germano-occidental con los modelos de democracia parlamentaria y de economía capitalista que preconizaban las potencias anglosajonas.

Los siguientes pasos fueron igualmente rápidos. En febrero de 1948, introducción de un sistema parlamentario bicameral para la Bizona, con la conversión del Consejo Económico en un virtual Parlamento federal, de 104 miembros, y la creación de una Cámara Alta o Consejo de los *Länder.* Un mes después, establecimiento de un Banco central y de un Tribunal Supremo e incorporación de la Bizona y de la zona francesa a la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), lo que les permitiría beneficiarse de la ayuda norteamericana aportada a la Europa en reconstrucción por el *Plan Marshall.* Durante la primavera, las presiones de Washington terminaron con la resistencia de Francia, que aceptó la incorporación de los *Länder* de su zona a la unión económica de la ahora denominada *Trizona,* mientras se daba luz verde al establecimiento de una *autoridad internacional* del Ruhr, encargada de controlar la producción de esa región y de la que fue excluida la URSS. Estas medidas, con las que se alcanzaba la casi total unificación administrativa y económica de la Alemania occidental, fueron negociadas en la Conferencia de los Seis —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y los países del Benelux— reunida en Londres entre el 23 de febrero y el 7 de junio y en el curso de la cual acordaron *dar al pueblo alemán la posibilidad de conseguir, sobre la base de una forma de gobierno libre y democrática, la restauración final de la unidad alemana,* esto es, posibilitar la rápida creación de un Estado federal ale-

Dos imágenes del Berlín Este, ya en los años setenta. Arriba, monumento a las víctimas del nazismo. Abajo, una sección de un supermercado berlinés abastecido para la foto. Estas imágenes eran pura propaganda

mán apadrinado por Estados Unidos y sus socios europeos.

El bloqueo de Berlín

El espíritu de la guerra fría se había instalado oficialmente en la cuestión alemana. Moscú protestaba cada decisión unilateral de sus antiguos aliados que, a sus ojos, eran flagrantes violaciones de los acuerdos de Potsdam. En la práctica, se veía forzado a seguir los pasos de sus ahora rivales. El 4 de junio de 1947 había nacido una Comisión Económica Alemana, réplica germano-oriental del Consejo Económico de la Bizona. El SED, actuando ya como partido oficialista, rechazó un mes después la ayuda del *Plan Marshall* y exigió en cambio la *democratización de la vida económica en toda Alemania* conforme a un modelo socialista. En unión de organizaciones de masas más o menos afines, como la Juventud Libre Alemana, la Confederación Libre de Sindicatos o la Liga Democrática de Mujeres, los comunistas impulsaron un Movimiento por el Congreso del Pueblo Alemán, cuyo lema era *por la unidad y por una paz justa*. Esta iniciativa reunificadora, que contaba con el respaldo soviético, no halló apenas eco en los *Länder* occidentales y fue boicoteada por la oposición interior, pese a lo cual el Congreso del Pueblo inauguró sus sesiones a finales de 1947. Lo integraban 1.400 delegados elegidos en la zona soviética y 528 representantes de organizaciones izquierdistas de las regiones del oeste. Pero al margen de su valor simbólico, aquella iniciativa panalemana no iría muy lejos.

En realidad, los ocupantes soviéticos y los dirigentes germano-orientales eran conscientes de que la división del país en dos estructuras político-administrativas dispares era un hecho consumado, que culminaría con la aparición de sendos Estados. Cuando, en la primavera de 1948, la Conferencia de los Seis afianzó la iniciativa occidental en este sentido, el representante soviético abandonó el Consejo de Control Aliado, haciendo desaparecer uno de los últimos organismos comunes a las cuatro zonas. En adelante, los responsables políticos de la Alemania oriental orientarían su estrategia a convertir a la pequeña zona soviética en la *auténtica* Alemania independiente y soberana, núcleo de una posterior reunificación nacional. Las regiones del oeste se considerarían, pues, territorio irredento bajo la dominación de los Aliados, y se negaría cualquier legitimidad al Estado germano-occidental que estaba a punto de nacer. Ni que decir tiene que los dirigentes de la Alemania occidental mantendrían idéntica postura de rechazo respecto a la organización estatal surgida en el este.

El 18 de junio de 1948, el Consejo Económico de Francfort aprobó una ley sobre los *principios directores* de la economía germano-occidental, destinada a implantar rá-



Walter Ulbricht

(Leipzig, 1893-Berlín, 1973). Obrero ebanista, se afilió al Partido Socialdemócrata en 1912. Combatió en el frente ruso durante la Gran Guerra, y al ser desmovilizado se adhirió a la Liga Espartaquista. Afiliado de primera hora al KPD, en 1923 ingresó en su Comité Central, y desde 1928 fue diputado en el Reichstag por Berlín. Al subir los nazis al poder se refugió en Moscú, donde trabajó para la Komintern. Durante la Segunda Guerra Mundial se ocupó del adoctrinamiento político de los prisioneros germanos en la URSS y participó en la creación del Comité de la Alemania Libre. Vuelto a Alemania en abril de 1945, tuvo un destacado papel en el proceso de fusión de comunistas y socialdemócratas en la zona de ocupación soviética en el Partido Socialista Unificado (SED), el que fue elegido secretario general en 1950. Tras la crisis provocada por los motines populares de 1953, Ulbricht se convirtió en la primera figura política de la RDA, y en 1960 asumió la primera magistratura del país al convertirse en presidente del Consejo de Estado. Su oposición a la normalización de relaciones con la RFA facilitó su sustitución por E. Honecker al frente del SED en 1971, si bien hasta su muerte siguió presidiendo el Consejo de Estado.

pidamente el sistema de mercado. Preparada por el economista Ludwig Erhard, y apoyada por la CDU y sus aliados, la ley establecía la liberalización de los precios, salvo los de los alimentos, la congelación de los salarios por varios meses, la vigilancia contra los monopolios, etcétera. Ese mismo día, se anunció una reforma monetaria, basada en un nuevo marco, común para la Trizona y emitido por el recién creado Banco central germano-occidental, al cambio de uno por cada diez antiguos. Este conjunto de medidas de corte liberal representaba la ruptura total con la Alemania del este, cuya economía, en vías de socialización, quedaba así inevitablemente vinculada a la de la URSS y las democracias populares de la Europa oriental. Las protestas soviéticas, ante esta nueva violación de los acuerdos interaliados, subieron de tono cuando se supo que la reforma económica se aplicaría también a la zona occidental de Berlín, ciudad sometida a un estatuto de ocupación conjunta.

En la noche del 23 al 24 de junio, horas después de que en los distritos del Berlín occidental se abriera el canje de los viejos *Reichmark* por los nuevos *Deutsche mark*, el Ejército Rojo procedió a cerrar los accesos por ferrocarril y carretera que unían a la antigua capital con la Alemania del oeste. Los barrios aislados vieron igualmente cortado el suministro de alimentos, gas y electricidad desde la circundante zona soviética. Dos millones y medio de personas se encontraban bloqueadas, con alimentos para tan sólo un mes. Siguieron días de intenso dramatismo, en los que políticos y militares de varios países se preguntaban si valía la pena iniciar una nueva guerra mundial por Berlín. Finalmente, Washington decidió responder al reto. A partir del 26 de junio se establecieron varios *pasillos aéreos* de abastecimiento desde la Trizona, lo que, aunque no restableció la plena normalidad —se precisaban 12.000 toneladas diarias de todo tipo de productos y hasta enero de 1949 no se llegó a las 7.500— permitió a los berlineses occidentales resistir casi un año de bloqueo. Desde la apertura del puente hasta su clausura, el 12 de mayo de 1949, se realizaron 277.728 vuelos, que transportaron más de dos millones de toneladas de alimentos, medicinas y combustible.

La crisis de Berlín acabó con la ficción de una Alemania formalmente unida bajo la ocupación aliada. Los occidentales denunciaron el bloqueo soviético como un gesto hostil, contrario al espíritu cuatripartito, y se reafirmaron en su propósito de integrar a una Alemania occidental soberana en el *mundo libre*. En la URSS, la actitud de sus antiguos aliados fue contemplada como una manifestación de sus propósitos agresivos y como una prueba de los designios imperialistas de Washington, contrarios a los intereses del pueblo alemán. A partir de la crisis, cada parte jugó abiertamente sus bazas y el proceso constituyente se aceleró en ambas Alemanias.

La culminación de los procesos constituyentes

El primero de julio de 1948, en pleno bloqueo, los jefes de gobierno de los *Länder* de la Trizona recibieron de manos de los comandantes aliados los tres *Documentos de Francfort*, que resumían los acuerdos de la reciente Conferencia de los Seis. En ellos, se animaba a los gobiernos regionales a convocar una Asamblea constituyente que elaborase una Constitución de carácter federal como paso previo al renacimiento del Estado alemán. No obstante, los Aliados advertían su propósito de establecer un Estatuto de Ocupación que implicaba el mantenimiento de fuertes contingentes militares en suelo alemán, la administración multinacional de la cuenca del Ruhr y el control sobre las relaciones exteriores, la industria y la política de desarme del nuevo Estado.

En 1949, el SED anunció su transformación en un partido de nuevo tipo, estalinista, al que se sumaron dos partidos

Aceptando la oferta aliada, los parlamentos de los *Länder* designaron a lo largo del mes de agosto a los 65 miembros del Consejo Parlamentario encargado de redactar la Ley Fundamental —*Grundgesetz*— del Estado que, bajo la presidencia de Adenauer, abrió sus sesiones en Bonn el día 1 de septiembre de 1948. Los debates se centraron básicamente en las relaciones entre el poder

federal y los *Länder*, especialmente en cuestiones como la descentralización administrativa, las competencias económicas y la función de la Cámara de los *Länder*. La opinión pública y los partidos estaban divididos sobre la naturaleza del nuevo Estado. Aunque todas las posturas resultaban muy matizadas, la corriente dominante entre los cristianodemócratas era federalista, al igual que entre los liberales y el DP, mientras que los socialdemócratas, sin renunciar a la federación, parecían preferir una mayor centralización, que recortase la hasta entonces amplísima autonomía de los Estados.

La negociación constitucional se vio entorpecida además por la intromisión de las potencias ocupantes, que llegaron a rechazar una primera redacción del proyecto como contraria a los acuerdos interaliados. Finalmente, partidos políticos y administraciones de ocupación alcanzaron un consenso sobre la Ley Fundamental, que fue aprobada por el Consejo Parlamentario —por 53 votos contra 12— el 8 de mayo de 1949. Los Aliados dieron su visto bueno cuatro días después y luego los parlamentos regionales ratificaron la aprobación del texto constitucional de la naciente República Federal de Alemania (RFA), que entró en vigor el 23 de mayo. Conforme al estatuto de ocupación, las autoridades militares aliadas cedieron entonces sus competencias de control a comisiones civiles de las tres potencias.

El sistema electoral, sin embargo, impedía la realización de elecciones libres, ya que funcionó mediante la lista única

El 14 de agosto de 1949 se celebraron elecciones directas a la Cámara federal —*Bundestag*— en todo el territorio de la RFA. Con sus 131 escaños, el SPD, hasta entonces el partido más votado, hubo de ceder esta condición a los cristianodemócratas de la coalición CDU-CSU que, prestigiados por su condición de interlocutores privilegiados de las administraciones ocupantes, alcanzaron los 139 diputados. Los liberales, unificados en el FDP, obtuvieron 52; el Partido Alemán y el Partido Bávaro, 17 cada uno; los comunistas se vieron reducidos a una minoría de 15 diputados y otras formaciones como la Asociación para el Desarrollo Económico (WAY) o grupos ultraderechistas, se repartieron 21 escaños. Adenauer, consolidado como líder de la democracia cristiana, asumió la presidencia de un Gobierno federal de centro-derecha, integrado por CDU-CSU, FDP y DP, mientras los socialdemócratas se constituían en oposición. El 12 de septiembre, el liberal Theodor Heuss fue elegido primer jefe del Estado de la RFA.

La creación de la República Federal dejaba en oposición desairada a la URSS en la Alemania oriental. Era evidente que Moscú no podría mantener por mucho tiempo el estatuto de mera ocupación militar, máxime cuando en su zona se había levantado ya una sólida estructura de administración civil y de participación política, controlada por los comunistas alemanes. En una primera etapa, de pluripartidismo cada vez más limitado, el Partido Socialista Unificado había asumido el papel dirigente de un proceso institucional de tipo frentepopulista, mientras los líderes de otras formaciones menos proclives a su hegemonía —como los democristianos Kaiser y Lemmer— desaparecerían del panorama político. En enero de 1949, el SED anunció su transformación en un partido *de nuevo tipo*, es decir, plenamente estalinista, al frente de un disciplinado *bloque de organizaciones antifascistas*, al que se sumaron dos nuevos partidos, el Campesino Demócrata (DBP) y el Nacional Demócrata (NDP). La creación de la RFA, en la primavera de 1949, iba a servir para acelerar en el Este el proceso de recuperación de la soberanía.

El 16 de mayo se celebraron elecciones al tercer Congreso del Pueblo, a las que concurrieron listas únicas controladas por el SED. El Congreso, reunido en el Berlín oriental, procedió a la elección de un Consejo del Pueblo —Nolksrat— de 330 miembros, al que se encomendó la defensa de la unidad de Alemania en el seno de *una República democrática indivisible*. El 30 de mayo, el Consejo adoptó una Constitución que reforzaba esta voluntad unitaria. No obstante, la aparición de la RFA cerraba, por el momento, las vías hacia la reunificación y los germano-orientales hubieron de dar los pasos necesarios para la creación de un Estado propio, aunque dotándolo de unas estructuras que permitieran en cualquier momento la incorporación instantánea del resto de los territorios alemanes.

Arriba, una imagen del Berlín Oeste donde, junto a nuevos edificios, aún eran visibles las cicatrices de la guerra. Abajo, Konrad Adenauer, canciller alemán durante varias legislaturas, artífice de la nueva Alemania

El 5 de octubre de 1949 entró en vigor la Constitución y, dos días después, el Consejo Popular se convertía en Cámara Popular Provisional de la República Democrática Alemana (RDA). Otto Grotewolh asumió la presidencia de un Gobierno, con sede en el suburbio berlinés de Pankow, del que era viceprimer ministro el secretario general del SED, Walter Ulbricht, y en el que los comunistas tenían ocho ministros, cuatro la CDU, tres los liberales del LDPD y otros dos representaban al DBP y al NDP. Paralelamente, los parlamentos regionales constituyeron una Cámara de los *Länder*, que junto con la Cámara Popular, eligió para la presidencia de la República a Wilhelm Pieck. Culminado así el proceso institucional, el 10 de octubre, el comandante militar soviético —mariscal Chuikov— traspasó sus competencias administrativas y legislativas a las autoridades del nuevo Estado. Como sucedía en la RFA, la potencia ocupante mantuvo un numeroso contingente militar en el país y un Alto Comisionado como funciones de coordinación y vigilancia.

Las dos Alemanias

Los dos Estados alemanes surgidos en 1949 constituían sendos paradigmas de los modelos políticos y socio-económicos que por entonces se estaban imponiendo en Europa. En ningún lugar como en la frontera interalemana la imagen del *telón de acero* —que, en expresión de Churchill, dividía a los dos bloques geopolíticos— adquiría la condición real de línea divisoria entre dos mundos hermanos, pero diametralmente enfrentados.

La RFA era una federación de diez Estados: Schleswig-Holstein, Hamburgo, Bremen, Baja Sajonia, Renania del Norte-Westfalia, Hesse, Renania-Palatinado, Baviera, Württenberg-Baden y Württemberg-Hohenzollern —unificados estos dos últimos en 1952 como Baden-Württenberg— a los que se añadiría en 1957 el Sarre, administrado hasta entonces por Francia. Berlín-oeste contaba con un Estatuto especial, ya que formalmente seguía bajo ocupación cuatripartita. En total, 248.434 kilómetros cuadrados, sobre los que en 1960 vivían 55.256.500 habitantes, doce millones y medio de ellos refugiados procedentes de la Europa oriental y la vecina RDA. La Ley Fundamental buscaba evitar la repetición de los errores de la época de Weimar, que habían facilitado la imposición de la dictadura nazi. Por ello, huía tanto del presidencialismo como de un parlamentarismo extremo, favorecía el equilibrio entre los poderes regionales y los federales y garantizaba con minuciosidad una serie de derechos y garantías individuales y colectivos. El presidente de la República, elegido por las dos cámaras de la Asamblea Federal, tenía una función meramente protocolaria, y era el jefe del Gobierno —o canciller federal— quien asumía la dirección del Ejecutivo. Surgido de la necesidad de consolidar rápidamente

Willy Brandt



(Lübeck, 1913-Bonn, 1992). Su verdadero nombre era Herbert Karl Frahm. Miembro de las Juventudes Socialistas desde 1930, militó en el ala izquierda de la organización. Al llegar los nazis al poder se refugió en Noruega, donde se nacionalizó y trabajó como periodista. Al producirse la invasión alemana, se trasladó a Suecia, y al término de la Guerra Mundial regresó a Alemania, recuperó la nacionalidad e ingresó en el SPD. Establecido en Berlín-oeste, fue alcalde de la ciudad desde 1957. Presidente del SPD a partir de 1964, evolucionó hacia posturas centristas y en 1966 fue vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores en el Gabinete de la Gran Coalición. Tres años después fue designado canciller de la RFA con el apoyo de los liberales. Impulsó la apertura hacia el Este y negoció el mutuo reconocimiento de las dos Alemanias, pero se mantuvo fiel a la Alianza Atlántica y favoreció el proceso de unidad europea. Afectado por un escándalo de espionaje, dimitió en 1974. Elegido miembro del Parlamento Europeo dos años después, en junio de 1979 asumió la presidencia de la Internacional Socialista, cargo que ejerció hasta su fallecimiento. En 1971 le fue concedido el Premio Nobel de la Paz.

una democracia de tipo *occidental*, el ordenamiento constitucional facilitaba la exclusión de la vida pública de aquellos grupos que la clase dirigente pudiera considerar peligrosos para el sistema. Así, el Tribunal Supremo federal declaró anticonstitucional en 1952 al neonazi Partido Socialista del Reich y, cuatro años después, adoptó igual medida con el Partido Comunista.

El modelo parlamentario de la RFA era bicameral, con un Consejo Federal —*Bundesrat*— de 41 miembros, designados por los gobiernos de los *Länder* con funciones de coordinación, y un Parlamento Federal —*Bundestag*— elegido por sufragio universal, cuya composición condicionaba la del Gobierno federal. Este sólo podía ser depuesto mediante un *voto de censura constructivo,* que implicaba la necesidad de que la moción reprobatoria incluyese el nombre del candidato de la oposición a la Cancillería. Por otra parte, si bien las elecciones al primer *Bundestag* mostraron unas tendencias hacia el multipartidismo dignas de la época de Weimar, la conveniencia de obtener mayorías parlamentarias estables favoreció la concentración paulatina del voto en torno al SPD y a la coalición CDU-CSU, en un modelo de bipartidismo imperfecto, por cuanto la relativa proximidad de los dos grandes y la desaparición del DP y otros pequeños partidos, que al no alcanzar el 5 por 100 de los votos quedaban sin escaños, colocó a los liberales en situación de bisagra y, por tanto, de forzoso aliado gubernamental desde comienzos de los años sesenta.

La RDA se orientó hacia un modelo de democracia popular similar a los que se imponían en los países de la Europa oriental. En sus primeros años, la RDA se rigió por un modelo frentepopulista, en el que el SED lideraba una coalición de partidos destinada a democratizar las estructuras sociales y económicas del país. A partir de 1952, con la adopción de una política de *construcción del socialismo* y, sobre todo, tras la represión de los motines populares de junio de 1953, el régimen evolucionó hacia una abierta dictadura de partido y acentuó los aspectos de planificación económica y control social que implicaba su nueva orientación. Finalmente, tras el VI Congreso del SED, celebrado en enero de 1963 y la introducción de una nueva Constitución cinco años después, se consideró superada la *etapa de transición* y se planificó la *edificación de una sociedad socialista desarrollada,* esfuerzo fallido, pese a los innegables logros económicos de los años sesenta y setenta, que culminaría en 1990 con la desaparición de la propia RDA.

Desde 1960, el país fue gobernado por un Consejo de Estado de 16 miembros, presidencia colectiva que intentaba evitar un liderazgo personal, pero, al igual que en el resto de los países socialistas, las primeras figuras del SED, Walter Ulbrich hasta 1971 y luego Erich Honecker, acumularon tales poderes que, de hecho, se convirtieron en auténticos dictadores. En la organización del Estado primaba el criterio leninista del *centralismo democrático,* y ya en 1952 la estructura federal de cinco *Länder* fue sustituida por otra unitaria, con 15 distritos, incluído Berlín-este. Ello provocó una reforma del sistema parlamentario, con la desaparición de la Cámara de los *Länder*. El órgano representativo superviviente, el Consejo del Pueblo, era elegido por sufragio universal y sobre el papel reflejaba escrupulosamente una realidad social y política que, en la transición al socialismo, se pretendía plural. Los escaños del Consejo se repartían entre cinco partidos, el *obrero* SED, el *campesino* DBP y los *burgueses* CDU, LDPD y NDP y cuatro organizaciones de masas que representaban a sectores sociales concretos: jóvenes, mujeres, intelectuales y sindicalistas.

El 22 de noviembre, Adenauer se reunió con los tres altos comisionados aliados y renegoció las condiciones del Estatuto

El sistema electoral, sin embargo, impedía la realización de elecciones libres ya que, a partir de octubre de 1950, funcionó mediante la lista única de candidatos. Todas las fuerzas políticas legales estaban integradas en un Frente Nacional, bajo la dirección del SED, y en el seno del cual era virtualmente imposible la manifestación de disidencias respecto de la línea política oficial. El SED se reservaba la cuarta parte de los escaños, pero su control de las organizaciones de masas le otorgaba, en realidad, una holgada mayoría absoluta frente a los otros partidos. La composición del Parlamento se pactaba

por los grupos del Frente *antes* de las elecciones y a los ciudadanos se les daba a elegir *a favor* o *en contra* de la lista única. Los sufragios adversos eran mínimos: en 1950, votó en contra de la lista el 0,30 por 100 del electorado; en 1954 —en plena resaca de la insurrección de junio del año anterior— lo hizo el 0,54, y una década después, los votos negativos suponían tan sólo un 0,05 por 100.

La Constitución de la RDA reconocía amplios derechos y libertades a los ciudadanos, a quienes garantizaba una completa cobertura de protección social, muy superior a la de la vecina RFA, pero vinculaba estos logros a la consecución de un sistema socialista de propiedad colectiva y economía planificada. En la práctica, el régimen germano-oriental se configuró como una dictadura de partido y, sobre todo, como un Estado policial. Aunque es evidente que el sistema comunista gozó de considerables apoyos sociales, sobre todo en sus primeros tiempos, los responsables gubernamentales restringieron todas aquellas actividades ciudadanas que, a su juicio, pusieran en peligro la seguridad del Estado o la construcción del socialismo. A partir de 1950, el Ministerio para la Seguridad del Estado organizó una *Policía popular* y unidades de milicias obreras, que actuaron con creciente energía para cortar cualquier brote de disidencia y posibilitar lo que, años después, Ulbricht definiría como el logro de *la absoluta unidad político-moral de todo el pueblo.*

El Tratado fijaba limitaciones a la soberanía, que la RFA pudo superar en los años siguientes gracias a su decidida apuesta atlantista

La integración en los bloques

Abandonada muy pronto por las potencias vencedoras la visión de una Alemania neutral, que ejerciera de colchón amortiguador entre los campos geopolíticos enfrentados, la aparición de los dos Estados alemanes en el teatro de la guerra fría forzó su rápida incorporación al sistema de alianzas militares, políticas y económicas que cohesionaban a los bloques que habían patrocinado su nacimiento. Hasta la unificación de 1990, las relaciones interalemanas se verían básicamente condicionadas por esta dualidad maniquea.

La República Federal nació abocada a militar en el bloque atlántico, tanto por sus vinculaciones con las potencias ocupantes —y en especial con EE.UU.— como por la voluntad de su clase política y de la mayoría de sus ciudadanos de alcanzar en el más breve plazo un *status* internacional equiparable al de las restantes democracias occidentales. El proceso se vio además favorecido por la larga etapa de gobierno (1949-1966) de la CDU, en alianza parlamentaria con otros grupos del centro y la derecha, entre quienes existía la convicción de que si la RFA se integraba plenamente en el bloque atlántico, sería capaz de ejercer tal presión política y militar sobre los soviéticos que éstos terminarían aceptando la reunificación alemana bajo la Ley Fundamental de Bonn. En este sentido, fueron los años transcurridos entre 1949 y 1958, con Adenauer al frente del Gobierno, los que definieron el carácter internacional de la RFA, orientando su actividad en tres frentes prioritarios: la obtención de la soberanía plena, la integración en el bloque político-militar occidental y la participación en el proceso de unificación europea.

La obtención de la plena soberanía en el plano internacional arrancó de la Conferencia de Washington de abril de 1949, cuando las potencias ocupantes dieron luz verde a la creación del Estado federal y establecieron un nuevo marco de relaciones mediante el Estatuto de Ocupación. El 22 de noviembre, Adenauer se reunió con los tres altos comisionados aliados en Petersberg y renegoció las condiciones del Estatuto, lo que permitió a la RFA abrir consulados en el extranjero y participar en la administración internacional del Ruhr. La creación de la OTAN y el conflicto coreano, punto cenital de la guerra fría, reforzaron en los dirigentes occidentales la convicción de que era imprescindible la integración de la RFA en el complejo político-militar del bloque atlántico. Nuevamente fue la iniciativa norteamericana la que marcó la pauta. En la Conferencia de Nueva York, en septiembre de 1950, las tres potencias ocupantes reconocieron al Gobierno de Bonn la representa-

Otras dos imágenes del Berlín Este. Arriba, grupo de niños; abajo, catedral de Berlín y Palacio de la República. Pese a la propaganda oficial, las disensiones en la Alemania oriental eran un secreto a voces

ción de todo el pueblo alemán y renunciaron a gran parte de su capacidad de control de la economía germana. A finales de año, la OTAN realizaba una invitación formal a la RFA a *participar en la defensa occidental.* Era la oportunidad que esperaba Adenauer, que declaró que ello sólo sería posible si se sustituía el régimen de ocupación por acuerdos libremente concertados. Siguieron meses de negociaciones hasta que, el 26 de mayo de 1952, se firmó el *Tratado de Alemania*, por el que los Aliados occidentales ponían fin al estado de guerra y a la ocupación de la RFA.

El Tratado fijaba, sin embargo, ciertas limitaciones a la soberanía, que la RFA pudo superar en los años siguientes gracias a su decidida apuesta atlantista, que implicaba el rearme militar. Los acuerdos interaliados de 1944-45 lo prohibían expresamente, pero la lógica de la guerra fría guiaba ahora la política mundial, y en Washington se apreciaban las ventajas de que la RFA contribuyera a la defensa de su propio territorio. Hubo que vencer fuertes resistencias. En el exterior, a las amenazas soviéticas se unió el boicot francés a la integración de la República Federal en una Comunidad Europea de Defensa (CED), en el verano de 1954. En el interior, el SPD y otros sectores de la izquierda mostraban fuertes reticencias al alineamiento y temían un renacimiento del militarismo en el país. Pero el Gobierno de CDU-CSU disfrutaba de mayoría absoluta en el Bundestag, y ello le permitió integrarse como miembro de pleno derecho en la OTAN y en la Unión Europea Occidental mediante el tratado de París, firmado en octubre de 1954 y en vigor desde el 5 de mayo del año siguiente, e imponer en marzo de 1956 una reforma de la Ley Fundamental, que introducía la creación de un ministerio de Defensa, encomendado al líder de la CSU, Franz Joseph Strauss, un ultraconservador partidario de convertir a la RFA en una potencia nuclear, y de un Ejército Federal —*Bundeswehr*— con reclutamiento militar obligatorio.

La integración en el proceso de unidad europea se había iniciado antes incluso de la creación de la República, al adherirse las tres zonas de ocupación a la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), en la que la RFA ingresó formalmente en octubre de 1949. Ello suponía para la Alemania occidental no sólo beneficiarse de la ayuda para la reconstrucción aportada por el *Plan Marshall* —1.389 millones de dólares, un tercio de lo recibido por el Reino Unido y la mitad que Francia— sino, sobre todo, la presencia en el primer organismo europeo de cooperación surgido en la posguerra. En la primavera de 1951, fue uno de los seis países fundadores de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), el primero de los organismos constituyentes de las Comunidades Europeas y, al ingresar como miembro de pleno derecho en el Consejo de Europa, obtuvo la homologación internacional de su condición de democracia parlamentaria. En adelante, la República Federal, con un peso económico creciente, se convertiría en uno de los paladines de la construcción europea, cuya primera fase culminó con el Tratado de Roma (marzo de 1957), por el que la RFA y sus cinco socios establecieron el Mercado Común Europeo.

En el este se preparó un ambicioso plan septenal, que debía concluir la colectivización de la agricultura y convertir al país en una potencia industrial de primer orden

La RDA nació inequívocamente vinculada al bloque de países socialistas y a la alianza con la URSS. De hecho, el Estado germano-oriental sólo obtuvo en sus primeros años de vida el reconocimiento de otros once países socialistas, y hasta el surgimiento del Movimiento de los No Alineados y del proceso descolonizador en Africa y Asia, se vio sometido a un boicot casi planetario por Washington y sus aliados. Dentro del campo comunista, la diplomacia de la RDA se esforzó en superar las consecuencias de la guerra mundial, negociando con el ocupante soviético el fin del estado de guerra y el logro de la plena soberanía —lo que no se produciría hasta 1955— y admitiendo la incorporación a Polonia de las tierras situadas al este de la línea Oder-Neisse (Tratado de Görlitz, de junio de 1950).

Al igual que el de Bonn, el régimen de Berlín-este buscó integrar su sistema económico en un marco supranacional. La au-



Puerta de Brandenburgo tras la división de Berlín. Este monumento era y es el auténtico símbolo de Berlín

toexclusión de la OECE, la decidida apuesta por el modelo de planificación socialista y la declarada hostilidad de la RFA impedían cualquier aproximación al proceso de coordinación de las economías capitalistas de la Europa occidental. Por el contrario, la URSS y las democracias populares habían puesto en marcha en 1949 un Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), especie de mercado común socialista al que un año después fue invitada a adherirse la RDA. Esta desarrolló en los años 1954-55 la llamada *gran iniciativa diplomática*, dirigida a frenar el rearme de la RFA y a alcanzar cotas de soberanía similares a las de su vecina y rival. Coincidiendo con el ingreso formal de la República Federal en la OTAN, en mayo de 1955 los jefes de gobierno de los países socialistas europeos —con excepción de Yugoslavia— firmaron en la capital polaca un acuerdo para constituir una alianza militar, conocida como Pacto de Varsovia. La RDA, miembro y avanzada del Pacto frente a las potencias atlánticas, adquiría así por la vía militar —al igual que la RFA— el *status* de soberanía plena, reconocido por la URSS mediante el Tratado de Moscú (septiembre de 1955). Por él cesaba la actividad de control ejercida hasta entonces por el alto comisionado soviético y se ponía fin a la cuestión de las reparaciones. Como consecuencia de su nuevo papel en el escenario europeo, la RDA asumió entonces la política de rearme, que permitió la constitución del Ejército Nacional Popular, réplica a la *Bundeswehr* germano-occidental.

El Muro

A mediados de los años cincuenta, pues, República Federal y República Democrática habían consolidado sus dispares modelos políticos y socio-económicos en el seno de los dos bloques de potencias enfrentadas a lo largo del *telón de acero* que separaba a ambos Estados. Inmersos en el clima moral de la guerra fría, considerándose a sí mismos como únicos depositarios de la soberanía nacional alemana, los gobiernos de Bonn y de Berlín-este se lanzaron a un desigual combate por ganarse a la opinión pública alemana y mundial, combate

en el que la RFA casi siempre llevó la ventaja.

Desde los primeros tiempos de la posguerra se hizo patente el muy distinto ritmo de recuperación económica de las dos Alemanias. En la RDA, a la carencia de capitales y de mercados exteriores, provocada por el hostil cerco occidental y por la propia debilidad de sus socios del CAME, se agregó durante años el gravoso pago de reparaciones a la URSS y las tensiones generadas por la puesta en marcha de la planificación socialista, que al hacer hincapié en el desarrollo acelerado de la industria pesada limitaba extraordinariamente el acceso de la población a los bienes de consumo. Como resultado de ello, y del rápido crecimiento económico de la RFA, la diferencia de nivel de vida en ambos Estados no cesó de aumentar, con la inevitable consecuencia de la desmoralización de amplios sectores de la población de la RDA, alentada por la agresiva política de propaganda desarrollada desde el Estado vecino. Todo ello, unido a la falta de libertades políticas, animó en Berlín-este y otras ciudades los motines populares de junio de 1953, aplastados rápidamente por los tanques soviéticos. La represión incrementó el éxodo de la población germano-oriental hacia la RFA, donde hacia 1961 se habían establecido tres millones de refugiados. Estos emigrados, que en general pudieron rehacer con facilidad sus vidas en un país en plena expansión económica, constituían un considerable porcentaje de votantes, cuyo apoyo a la CDU-CSU y a otros partidos de la derecha, como el DP o la por algún tiempo influyente Liga de Expulsados y Desposeídos (BHE), reforzó el activo anticomunismo de la política de Bonn.

La rivalidad entre los dos Estados alemanes, potenciada además por sus programas de rearme y de alineamiento en la política de bloques, constituía la dimensión interna de un *problema alemán* cuyo futuro dependía en gran medida de la evolución de las relaciones entre las superpotencias. Hasta 1955, cuando RFA y RDA adquirieron la plena soberanía de manos de sus antiguos ocupantes, la búsqueda de la reunificación a corto plazo fue una baza propagandística, utilizada sobre todo por Berlín-este y Moscú. Pero durante años fue un diálogo de sordos. En septiembre de 1951, el Parlamento de la RDA propuso al *Bundestag* la celebración de elecciones generales conjuntas, y la negociación con las cuatro potencias de un tratado de paz para toda Alemania. Bonn aceptó en principio, pero cuando exigió que la ONU supervisara el proceso electoral en *todo* el territorio alemán, los germano-orientales retiraron su oferta.

En marzo del año siguiente, el propio Stalin propuso la reunificación de Alemania, sin los territorios al este de la línea Oder-Neisse, como Estado neutral y desmilitarizado. Esta vez fue Adenauer quien se negó a tomar en serio la propuesta, manifestando que la RFA había optado ya claramente por su integración en el bloque atlántico. En febrero de 1954, en una Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias, reunida en Berlín, los occidentales insistieron en la celebración de elecciones libres en todo el país, tras lo cual, la Alemania reunificada escogería su propia política de defensa. Dado el desigual peso demográfico de las dos repúblicas, a los soviéticos no les quedaban dudas sobre cuál sería el resultado de este proceso, y mantuvieron la exigencia de neutralidad de Alemania, con lo que la Conferencia no llegó a ningún resultado.

A comienzos de junio, Krushchev había renovado ante el presidente de EE.UU., Kennedy, la amenaza de aislar Berlín-oeste si no se ponía fin a la ocupación occidental

Con el tema de la unificación en vía muerta, ambos Estados terminaron relegándolo a un segundo plano, sin renunciar a ella, pero fundamentalmente interesados en consolidar sus estructuras internas y su personalidad internacional. En el oeste se fortaleció la visión de la RFA como único Estado alemán legítimo, y el ministro de Asuntos Exteriores, Walter Hallstein, formuló en diciembre de 1955 la teoría de la representación exclusiva, o *doctrina Hallstein*, que implicaba la ruptura de relaciones con cualquier país que reconociera a la RDA, considerada por Bonn como mera zona de ocupación soviética. Con más lentitud, pero dando un audaz giro a sus planteamientos panalema-

Arriba, Willy Brandt, Herbert Wehner y Helmut Schmidt, canciller alemán, durante una reunión del Partido Socialdemócrata. Abajo, Leónidas Breznev es saludado por el canciller Willy Brandt en mayo de 1973

nes, la RDA adoptó la teoría de la separación total *—Abgrenzung—* de los dos Estados alemanes, que sostenía la legitimidad de origen de ambos y planteaba la apertura de *negociaciones en igualdad de condiciones* con vistas a una confederación. Por lo que respecta a los antiguos ocupantes, su identificación con ambas tesis fue también muy patente. Las potencias atlánticas, al admitir a la RFA en la OTAN, se declararon dispuestas a defender como objetivo común *una Alemania reunificada,* pero sólo bajo *una Constitución liberal y democrática como la de la República Federal* y en tanto ello no interrumpiera el proceso de integración de ésta en la Europa comunitaria.

Por su parte, la dirección soviética, donde adquiría cada vez mayor relevancia Nikita Krushchev, siguió haciendo énfasis en la firma de un tratado de paz conjunto con una Alemania reunificada y neutral, pero ello no impidió que el Kremlin terminase relegando estos planes en beneficio de la consolidación de la República Democrática como país del bloque socialista.

La política de pequeños pasos *del Gabinete Kiesinger (1966-69) se tradujo sobre todo en el incremento de los intercambios comerciales*

A finales de los años cincuenta, Estados Unidos y la URSS iniciaron una etapa de distensión en su enfrentamiento global, la denominada *coexistencia pacífica,* y la guerra fría pareció entrar en fase de liquidación. Pero ello no valía para el problema alemán. Los soviéticos contemplaban con alarma el espectacular rearme de la RFA, que les hacía temer su próxima conversión en una potencia atómica. A ello se unían las maniobras de cerco internacional a la RDA, y los continuos gestos políticos destinados a demostrar que Berlín-oeste formaba parte de la República Federal en paridad con sus diez *Länder.* La respuesta soviética a lo que consideraba una amenaza para su seguridad fue una nueva *crisis de Berlín.* A partir de julio de 1958, las autoridades de la RDA restringieron el tráfico terrestre entre la República Federal y Berlín-oeste en más de un 80 por 100, y comenzaron a negar los visados de tránsito a los ciudadanos de la RFA.

El 10 de noviembre, Krushchev exigió la neutralización de Alemania y el final del estatuto cuatripartito para Berlín, que en el plazo de seis meses debía ser incorporado a la RDA o convertirse en ciudad libre desmilitarizada, bajo tutela de las Naciones Unidas. De no cumplirse las exigencias de su ultimátum, Krushchev amenazó con someter a los barrios occidentales de la ciudad a un bloqueo similar al de 1948, cuya violación *provocaría inmediatamente las represalias adecuadas.* La segunda crisis berlinesa creó una gran tensión internacional, pues implicaba un serio riesgo de confrontación nuclear y obligó a las cuatro potencias a sentarse a negociar en Ginebra, en mayo de 1959, en una conferencia a la que, por primera vez, asistieron observadores de los dos Estados alemanes. El encuentro evitó el bloqueo y alivió la tensión internacional, pero no acercó las posturas sobre la cuestión alemana.

La llegada de Walter Ulbricht a la presidencia de la RDA, en 1960, coincidió con una fase de aceleración de la *construcción del socialismo.* Se preparó un ambicioso plan septenal, que debía concluir la colectivización de la agricultura y convertir al país en una potencia industrial de primer orden. Pero los objetivos no fueron cubiertos. La oposición de los campesinos a la colectivización hizo caer la producción agraria en más de un 20 por 100 en dos años, las inversiones en el desarrollo industrial apenas cubrieron la mitad de lo planificado y la escasez de mano de obra cualificada obligó a las empresas a fuertes subidas salariales, que dispararon la inflación. Los responsables políticos contemplaban con preocupación la creciente despoblación de su país. La falta de libertades políticas y el muy superior nivel de vida de la RFA movían a miles de germano-orientales a cruzar la frontera hacia la República Federal, donde disfrutaban de la plena ciudadanía. Las deserciones más espectaculares, de científicos o profesores universitarios, eran aireadas por la propaganda occidental como testimonio del fracaso del régimen comunista, pero más peligrosa aún resultaba la salida de agricultores y técnicos industriales, que comprometía gravemente los planes de desarrollo económico. A comienzos de los años sesenta, esta tendencia parecía irreversible: se calcula que cada día entre 1.400 y 1.600 personas cruzaban al oeste, fundamentalmente a través de Berlín.

En las primeras horas de la madrugada del 13 de agosto de 1961, miles de miembros de la Policía popular y de las milicias obreras formaron un cordón en el límite entre los dos municipios berlineses y cortaron el tráfico entre ambos. En pocos días, un muro de cemento y acero cerraba el paso entre una y otra zona de Berlín, salvo por unos pocos puntos, estrictamente controlados por la policía germano-oriental. La decisión de construir el Muro había sido hondamente meditada por Ulbricht y sus colaboradores. La operación implicaba un enorme deterioro de la imagen de la RDA en el mundo, deterioro que aumentaría cuando los guardias fronterizos comenzaron a causar bajas mortales entre quienes aún preferían arriesgar la vida en una escapada a través de las alambradas de lo que pronto se conoció como *el muro de la vergüenza*. Su propósito era inmediato: crear las condiciones adecuadas para resolver la crisis económica y social. Se pretendía poner fin a la sangría de divisas y de bienes de consumo que provocaba la emigración masiva y estabilizar la mano de obra, deteniendo la salida de trabajadores especializados atraídos por las mejores perspectivas laborales de la RFA.

La construcción del Muro respondía además a una nueva fase de enfrentamiento entre Washington y Moscú por la cuestión alemana. A comienzos de junio, Krushchev había renovado ante el nuevo presidente de EE.UU., Kennedy, la amenaza de aislar Berlín-oeste si no se ponía fin a la ocupación occidental. En cambio, la Casa Blanca se mostraba partidaria de mantener el *statu quo* y exigía la reapertura de la libre circulación entre Berlín y la RFA. El Kremlin decidió entonces adoptar medidas de fuerza y, sin duda, ello pesó también en la decisión de construir el Muro. Dos días antes, el 11 de agosto, los miembros del Pacto de Varsovia habían aprobado el establecimiento de un férreo sistema de control *que impida que la circulación* —entre la RFA y Berlín occidental— *sirva al trabajo de zapa contra los países socialistas.*

La iniciativa de la Ostpolitik

Pese a la honda conmoción que la construcción del Muro de Berlín provocó en la opinión pública de la RFA, se abría paso en ella el espíritu de la distensión, que tan sólo un mes después, permitió un giro a la izquierda en las elecciones al *Bundestag*, en las que la CDU-CSU perdió su mayoría absoluta, mientras el SPD crecía espectacularmente. Dos lustros de oposición había atemperado mucho las posiciones de los socialdemócratas. En 1959 el SPD había adoptado el *programa de Bad Godesberg*, por el que abandonaba su carácter de partido de clase, renunciaba al marxismo, asumía la economía de mercado, si bien dirigida a la consecución del *Estado de bienestar*, y aceptaba el papel militar de la RFA en el bloque occidental, aunque hacía hincapié en su vocación europeísta y rechazaba la fabricación y almacenamiento de armas nucleares en suelo alemán.

En noviembre de 1966, la recesión económica de la RFA deshizo el acuerdo de coalición CDU-CSU-FDP, que durante tres años había permitido una precaria existencia al Gobierno del canciller Erhard. A fin de salir del *impasse* político, los partidos parlamentarios pactaron una Gran Coalición, que dio entrada al SPD en un Gabinete presidido por Kurt Kiesinger. Con Erhard, la RFA había dado tímidos pasos hacia una normalización de las relaciones con la URSS y sus aliados, pero el problema interalemán lastraba cualquier apertura real hacia el bloque socialista. Pese a su anticomunismo, era evidente que los socialdemócratas serían interlocutores mucho más abiertos que la intransigente CDU en las propuestas de acercamiento interalemán. Ello se hizo patente cuando, en abril de 1967, el vicecanciller y presidente del SPD, Willy Brandt, asistió al VII Congreso del SED y se mostró receptivo a las ofertas de mejora de las relaciones económicas y culturales entre las dos Alemanias.

Desde 1962, el control de la emigración hacia el oeste y una política económica más flexible permitieron un considerable desarrollo

Atlantista convencido, Brandt consideraba, sin embargo, que la RFA debía poseer una orientación exterior propia, más flexible que la de la etapa de gobierno democristia-

no, por lo que era imprescindible dar un nuevo rumbo a las relaciones con los países de la Europa del Este. Esta *Ostpolitik* no se basaría ya en el principio de que la distensión en Europa estaba condicionada a la resolución previa del problema alemán, posible sólo mediante una postura de fuerza de la OTAN y del propio gobierno de la RFA, sino en la idea de que la reconciliación de la nación alemana dependía del alivio del enfrentamiento este-oeste en la Europa central, y que ese alivio exigía enterrar definitivamente la *doctrina Hallstein* y normalizar las relaciones con la RDA, Polonia y la URSS.

La política de *pequeños pasos* del Gabinete Kiesinger (1966-69), que se tradujo sobre todo en el incremento de los intercambios comerciales con los países del CAME, fue bien recibida en el bloque socialista y facilitó, entre otras cosas, la apertura en 1968 del proceso de democratización de Checoslovaquia conocido como *primavera de Praga*. Pero fue precisamente la invasión de este país por las tropas del Pacto de Varsovia el primer obstáculo serio para la Ostpolitik, que recibió un nuevo golpe cuando, en la primavera de 1969, la Asamblea Parlamentaria de la RFA se desplazó a Berlín-oeste para elegir al presidente de la República, en un gesto más de reafirmación de la pertenencia del enclave a la Alemania occidental, que fue duramente criticado por la RDA.

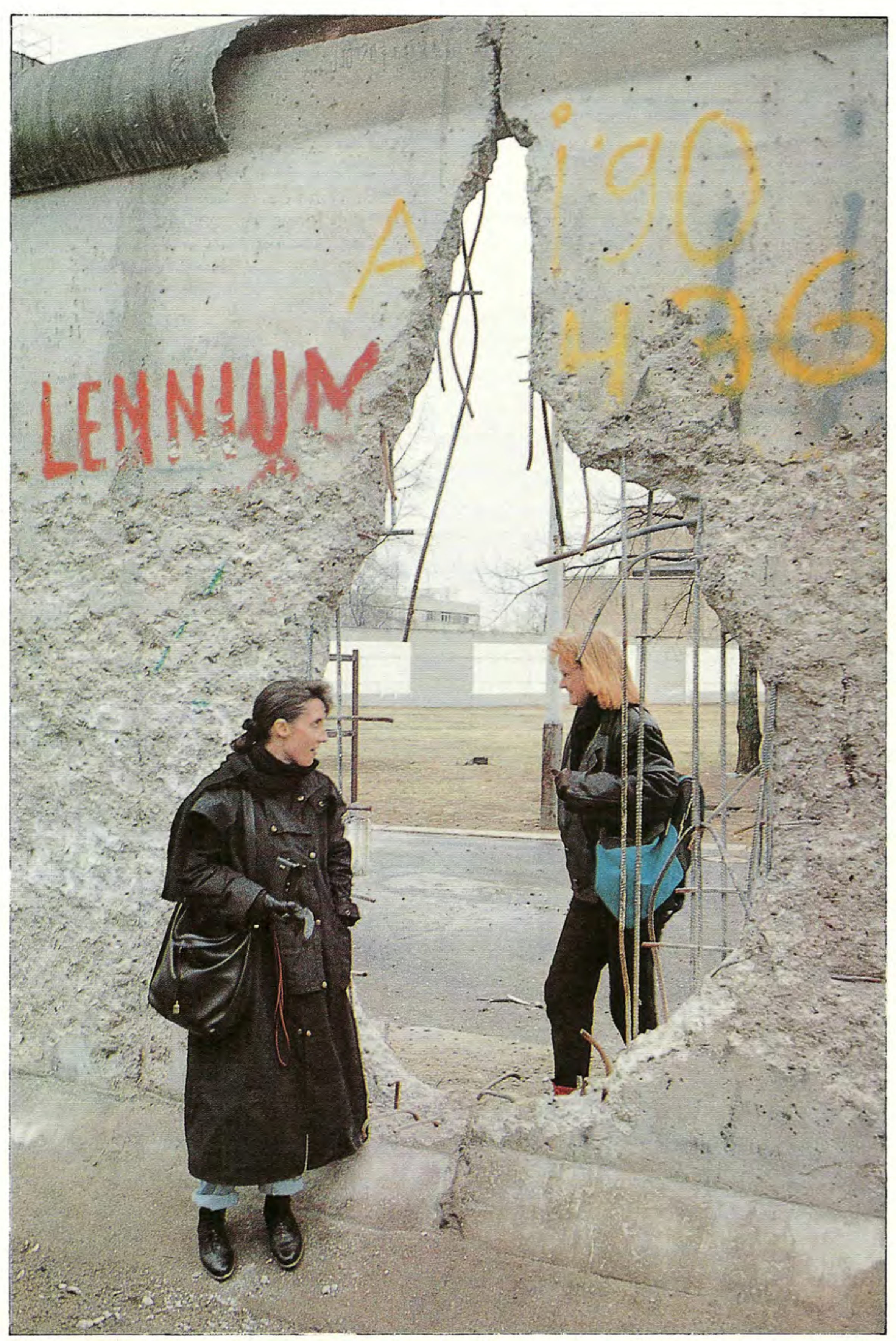
El anciano Ulbricht, un gobernante demasiado apegado a los esquemas panalemanes de la guerra fría, fue cesado de su cargo de como secretario del SED y sustituido por Honecker

En octubre de ese año, Brandt llegó a la Cancillería federal al frente de un Gobierno de coalición SPD-FDP y reanudó la apertura al Este a partir del programa de cuatro puntos, que expuso en su discurso de investidura: 1.°, alcanzar un pacto de no agresión entre las dos Alemanias, que permitiera una *coexistencia reglamentada;* 2.°, respetar el estatuto especial de Berlín, a fin de evitar que volviera a ser motivo de confrontación entre los dos Estados germanos o las potencias ocupantes; 3.°, intensificar el comercio y la cooperación entre los dos países y transformar el Ministerio de Asuntos Panalemanes de Bonn en un menos reivindicativo Ministerio de Relaciones Interalemanas; 4.° abrir negociaciones con Polonia sobre la base del mutuo respeto y, llegado el caso, del reconocimiento de las fronteras.

Pese a lo limitado de estas ofertas, el Gobierno de la RDA las acogió con inusitado interés, por cuanto parecían constituir un firme paso hacia el reconocimiento por Bonn de la doctrina de los dos Estados alemanes. Las condiciones internas mejoraban lentamente. Desde 1962, la detención del flujo migratorio hacia el oeste y una política económica más flexible habían permitido un considerable desarrollo industrial, que convirtió a la RDA en el país con mayor nivel de vida del CAME. Desde comienzos de la década, la República Democrática hacía grandes esfuerzos por romper su aislamiento y superar el desprestigio causado por la construcción del Muro, cosechando victorias y derrotas en el empeño. Bajo patrocinio soviético, figuró entre los Estados firmantes del Tratado de Limitación Nuclear de Moscú, en 1963, pero dos años después, las Naciones Unidas rechazaron su petición de ingreso.

La política de cooperación económica y militar iniciada con el Tercer Mundo avanzaba con dificultades, debido a la presión occidental sobre las jóvenes naciones afroasiáticas, pero obtuvo algunos éxitos considerables, especialmente en el Próximo Oriente, donde sus técnicos y su industria bélica colaboraron al rearme de los países árabes. Por otra parte la aplicación intransigente de la *doctrina Hallstein* comenzaba a resultar perjudicial para los intereses de Bonn, que tras romper las relaciones con Yugoslavia (1958) y Cuba (1963), veía peligrar sus expectativas de abrir a su economía los mercados socialistas y de ejercer influencia en aquellos países tercermundistas que, como Egipto en 1965, también optaban por reconocer a la RDA. Por tanto, los dos gobiernos alemanes tenían buenos motivos para poner fin a su particular guerra fría.

En abril de 1968 se promulgó en la RDA una nueva Constitución, que sancionaba al más alto nivel la teoría de los dos Estados, al declarar que la República Democrática



Con la apertura del muro de Berlín en noviembre de 1989 se inició la reunificación de las dos Alemanias

era un *Estado socialista alemán*, lo que abría camino al reconocimiento de la legitimidad de la *otra* Alemania y, por ende, a la reconciliación entre los dos países. Pese al parón que representó la participación de la RDA en la invasión de Checoslovaquia —agosto de 1968—, las autoridades germano-orientales siguieron estimulando un proceso negociador del que esperaba sacar grandes ventajas políticas y económicas. En diciembre de 1969, tras la oferta de Brandt, el Comité Central del SED propuso intensificar los contactos en torno a aspectos técnicos, con vistas a la firma de un tratado interalemán. Al mismo tiempo, Ulbricht se dirigió al presidente de la RFA, Gustav Heinemann solicitando la apertura de negociaciones a alto nivel.

Sin embargo, Brandt y sus más directos colaboradores en esta cuestión —Egon Bahr y Walter Scheel— estimaban que el acuerdo interalemán era imposible sin resolver previamente las cuestiones pendientes con la URSS y con Polonia desde el final de la guerra. En noviembre de 1969, Bonn se adhirió al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, cumpliendo así la exigencia soviética de que la RFA renunciara al armamento atómico. Actuando al margen de sus aliados de la OTAN, Scheel negoció con su colega, el ministro de Exteriores soviético Gromyko, un tratado bilateral que sus jefes de Gobierno, Brandt y Kosyguin, firmaron en Moscú el 12 de agosto de 1970.

A comienzos de los años setenta, el problema alemán parecía en vías de solución definitiva con la consolidación de los dos Estados

El acuerdo normalizaba las relaciones entre ambos países, que declaraban su respeto a la integridad territorial de todos los estados europeos, lo que suponía el reconocimiento por el Gobierno federal de la pérdida de las antiguas tierras alemanas al este de la línea Oder-Neisse. Un acuerdo similar concluido con Polonia en diciembre puso fin al largo contencioso, al reconocer la inviolabilidad de la frontera fluvial establecida *de facto* en 1945, pero que hasta entonces Bonn se había negado a reconocer. Los tratados de Moscú y de Varsovia constituyeron uno de los hitos de la distensión en Europa. Por primera vez, un miembro de la OTAN admitía los avances territoriales de la URSS y de sus aliados en el continente. Que ese país fuera la RFA, que acogía a millones de refugiados procedentes del este y que hasta entonces había mantenido una postura de inquebrantable irredentismo panalemán, otorgaba mayor relevancia al hecho.

El éxito en la diplomacia de distensión con la URSS y Polonia alejó los temores de que los soviéticos vetasen el acercamiento interalemán. En la primavera de 1970, los dos jefes de Gobierno, Willy Brandt y Willy Stoph, se entrevistaron en Erfurt y en Kassel, pero los encuentros sólo sirvieron para comprobar que, pese a la voluntad de entendimiento, las tesis de ambas partes seguían estando muy alejadas. Pero ahora, el Kremlin y los sectores más *breznevianos* del régimen germano-oriental estaban interesados en superar estos obstáculos. En mayo de 1971, el anciano Ulbricht, un gobernante demasiado apegado a los esquemas panalemanes de la guerra fría, fue cesado como secretario del SED y sustituido por Erich Honecker, convencido partidario de la teoría de los dos Estados, de quien se esperaba una postura más abierta en las negociaciones con la RFA. Honecker, que no alcanzaría la jefatura del Estado hasta 1976, trazó un ambicioso programa de política exterior, que incluía la normalización de relaciones con la RFA, siempre que ésta aceptara mantener a Berlín-oeste bajo un estatuto especial, el ingreso de los dos Estados de la ONU y la convocatoria de una conferencia de seguridad para Europa, idea esta última que Moscú venía defendiendo desde 1954 y que debía servir para sancionar la división de Alemania y para asegurar la coexistencia pacífica de los dos sistemas continentales.

El tema de Berlín continuaba siendo el principal obstáculo para el acuerdo interalemán. Fracasado el intento de Krushchev de convertir la ciudad en un tercer Estado germano, la construcción del Muro había impuesto la separación total entre sus dos zonas, pese al mantenimiento virtual de la ocupación cuatripartita. Una tercera crisis berlinesa había amagado en la primavera de 1969 con motivo de la elección en la ciudad del presidente de la RFA. Pero el clima general de distensión propició un diálogo más constructivo sobre el porvenir de la ciudad.

Por iniciativa de Breznev, en el verano de 1971, las cuatro potencias llegaron a un acuerdo sobre Berlín, que seguiría bajo la formal ocupación cuatripartita, con el sector oriental plenamente integrado en la RDA, mientras que Berlín-oeste, sin alcanzar el nivel de integración federal de los diez *Länder* occidentales, veía reconocidos por los soviéticos sus *lazos especiales* con la RFA.

El consenso entre las cuatro potencias facilitó la reanudación de los contactos técnicos interalemanes, que llevaron a la firma, el 11 de diciembre de 1971, de sendos acuerdos sobre facilidades para el tráfico entre la RFA y Berlín-oeste a través de la RDA y sobre la circulación de personas y mercancías entre las dos repúblicas. A cambio de las facilidades de paso, Bonn reconocía la soberanía territorial de la RDA, que se extendía al antiguo sector oriental de Berlín. Restaba, pues, el trámite de la normalización diplomática que, tras un año de difíciles negociaciones, tuvo lugar mediante un Tratado Fundamental, firmado en Berlín el 21 de diciembre de 1972. El Tratado preveía el mantenimiento de *relaciones normales de buena vecindad sobre la base de la igualdad de derechos:* la inviolabilidad de las fronteras comunes y el reconocimiento de la soberanía territorial; el intercambio de representaciones diplomáticas y la renuncia de las dos partes a representar en el exterior a un único Estado alemán. El Tratado suponía el triunfo de la teoría germano-oriental de los dos estados —aunque la RFA no renunciaba *a la reunificación de la nación alemana por libre autodeterminación*— y, ganada la batalla de su legitimación, se abrían a la RDA expectativas muy favorables de desarrollo económico y diplomático. Por su parte, la RFA veía reafirmada su vía particular de política exterior y, sobre todo, al reforzar el proceso de distensión, contribuía a alejar el riesgo de guerra en Europa, de la que Alemania hubiera sido el primer campo de batalla.

A comienzos de los años setenta, pues, el *problema alemán* que se arrastraba desde 1945, parecía en vías de solución definitiva con la consolidación de los dos Estados. En el año siguiente a la firma del Tratado Fundamental, dieciocho estados, entre ellos ocho miembros de la OTAN y la España franquista, reconocieron a la RDA, mientras que el viaje de Breznev a Bonn en la primavera de 1973 confirmaba el clima de cooperación entre la RFA y el bloque socialista. El 18 de septiembre de ese año, la Asamblea General de la ONU admitía por aclamación como nuevos miembros a los dos estados alemanes. Los trabajosos acuerdos de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, celebrada en Helsinki entre julio de 1973 y agosto de 1975, mediante los que se garantizaba por ambos bloques el *statu quo* continental, confirmaron el triunfo de la Ostpolitik y vinieron a cerrar, en el plano internacional, el problema alemán tal y como se arrastraba desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

B I B L I O G R A F I A

Dos buenas aproximaciones para el lector español sobre el papel jugado por el problema alemán en el contexto europeo son las de Benz, W. y H. Graml, *Europa después de la Segunda Guerra Mundia, 1945-1982,* Madrid, Siglo XXI, 2 vols., 1986, de Mammarella, Giuseppe, *Historia de la Europa contemporánea [1945-1990],* Barcelona, Ariel, 1990. Historias generales de las dos Alemanias, hasta la unificación, son los recientes trabajos de Ashby Turner, Henry, *Germany from Partition to Reunification,* New Haven, Yale U.P., 1992, y de James McAdams, A, *Germany Divided: from the Wall to Reunification,* Princeton U.P., 1993, si bien este último arranca de 1958. Sobre la RFA, Petri Nicole, *L'Allemagne de l'Ouest [1945-1969]. Naissance et développement d'une démocratie,* París, Sedes, 1987; Bark D. y D. Gress, *A History of West Germany,* Oxford, Basil Blackwill, 1989 y Wahl, Alfred, *Histoire de la République Fedérale d'Allemagne,* París, Armand Colin, 1991. Respecto a la RDA: McCauley Martin, *The German Democratic Republic since 1945,* Nueva York, St. Martin's, 1983 y Krich Heinrich, *The German Democratic Republic: The Search for Identity,* Boulder, Westiew, 1985. Los aspectos internacionales del problema alemán se pueden seguir, además de en estudios más generales, en numerosas monografías, entre las que destacaremos las de Frey, Eric, *Division and Detente: The Germanies and Their Alliances,* Nueva York, Praeger, 1987 y Sodaro, Michael, *Moscow, Germany and the West: From Khruschev to Gorbachev,* Ithaca, Cornell U.P., 1991, así como los estudios incluidos en Moreton, Edwina (ed.), *Germany between East and West,* Cambridge U.P., 1987. Finalmente, están traducidas al castellano las memorias de tres estadistas germano-occidentales: Adenauer, *Memorias (1945-1953),* Madrid, Rialp, 1965; Brandt, *Memorias políticas, 1960-1975,* Barcelona, Dopesa, 1976 y *Memorias,* Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989; y Schmidt, *Hombres y poder,* Barcelona, Plaza & Janés/Cambio 16, 1989, aunque este último se refiere poco a la cuestión alemana.

CUIDA

e-l

Ozono

